SUSAN WATKINS

EL TRATADO DE NO PROTESTA CONTRA LAS ARMAS NUCLEARES

El rugido de las quiebras bancarias y de los mercados de valores ha ahogado últimamente los tambores de guerra sobre Irán; pero detrás de los titulares relativos a la agitación económica todavía persiste una crisis sobre las armas nucleares. Obama ha hecho votos de que hará «lo que sea necesario» para detener el programa iraní de enriquecimiento de uranio. La amenaza de la fuerza militar debe permanecer sobre la mesa: «como presidente, utilizaré todos los elementos del poder estadounidense para presionar a Irán». Tendrá apoyo en Europa, el ministro de Asuntos Exteriores francés, Bernard Kouchner advertía hace un año que «el mundo debería prepararse para la guerra contra el programa nuclear iraní». El pretexto legal para un ataque lo proporciona el Tratado de No Proliferación Nuclear, que en la era posterior a la Guerra Fría se ha convertido en una piedra angular de la «comunidad internacional». Recientes artículos en esta publicación han examinado los propósitos formales y el alcance práctico del TNPN para prevenir la propagación de las armas nucleares, así como la política de la Administración de Bush hacia él¹. A continuación nos detendremos en dos nuevas cuestiones. En primer lugar, la historia política del Tratado como acuerdo internacional: qué poderes lo concibieron y por qué razones; quienes lo aceptaron y por qué; quienes lo rechazaron y con qué consecuencias. En segundo lugar, cuáles han sido las consecuencias del Tratado en la política mundial, entendida como escenario de conflictos que implican no solamente a Estados, sino también a movimientos e ideales.

Para la *New Left Review*, estas cuestiones tienen una relevancia especial. Los editores que la fundaron en 1960 participaron activamente en la Campaña para el Desarme Nuclear, el mayor movimiento de masas en Gran Bretaña desde la Segunda Guerra y crisol de una nueva cultura de protesta juvenil. Para Edward Thompson, Stuart Hall y la New Left de la época la principal causa que había que apoyar era la oposición a la bomba atómica británica y a la mortal carrera armamentista entre las superpoten-

¹ Norman Dombey, "The Nuclear Non-Proliferation Treaty. Aims, Limitations and Achievements»; Peter Gowan, "Twilight of the NPT?», NLR 52, julio-agosto de 2008. El texto del Tratado aparece en las páginas 46-47; ed. cast.: N. Dombey, «El Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares»; P. Gowan, «¿El crepúsculo del TNPN?», septiembre-octubre de 2008.

cias². Sin embargo, la campaña a favor del desarme se desvaneció una vez que sus partidarios fueron derrotados dentro del Partido Laborista, y las mayores protestas de la década de 1960 se produjeron en solidaridad con el Frente de Liberación Nacional vietnamita, no por la amenaza de la devastación atómica. Dos décadas después, la llegada a Europa occidental de los misiles estadounidenses Cruise y Pershing, volvió a reavivar el miedo nuclear, y surgió de nuevo una campaña a escala europea en contra de la carrera de armamentos, con Edward Thompson de nuevo en primer plano. La Campaña de Desarme Nuclear Europeo (CDNE) buscó unir, en contra de la Guerra Fría, a disidentes europeos tanto del oeste como del este. Realizó grandes manifestaciones a escala internacional en contra de las armas nucleares y produjo un conjunto de debates más desarrollados que su predecesora. De estos, quizá el más sostenido se produjo en el entorno de esta publicación, con la aparición en 1980 del famoso ensayo de Thompson «Notes on Exterminism», seguido de contribuciones de Raymond Williams, Noam Chomsky, Lucio Magri, Mike Davis v otros³. Pero a mediados de la década de 1980, la CDNE también había decaído, dejando pocas huellas sobre el curso de los acontecimientos en los años finales de la Guerra Fría. Su final no estuvo en el crecimiento de una protesta que había sido la continuación de la CDNE, sino en las capitulaciones de Gorbachov v Yeltsin v el triunfo de Occidente.

Veinte años después, de nuevo las protestas populares, ahora contra la invasión de Iraq, oficialmente dirigida a evitar que este país dispusiera de armas nucleares, fueron incluso más amplias que las que se produjeron con la CDNE, no solo en Europa sino en todo el mundo. Pero esta vez el movimiento por la paz, como fuerza política efectiva, tuvo una vida incluso más corta. Tampoco ha habido ningún movimiento de solidaridad antiimperialista contra la prolongada ocupación militar de Iraq, de la clase del que jugó un papel crítico en la finalización de la guerra en Vietnam. Ahora, cuando se amenaza con un ataque contra Irán, hay menos señales que nunca de una resistencia verbal u organizada que cuestione su racionalidad. El desarme nuclear, que una vez fue la bandera del movimiento por la paz, se ha convertido en la principal justificación de actuaciones y amenazas bélicas. En esta transformación, el TNPN ha tenido un papel central. El análisis sensato de ese papel está por hacerse.

² Véase por ejemplo, Editorial: «Towards Aldermaston», NLR 1/2, marzo-abril de 1960; E. P. Thompson, «Countermarching to Armageddon», NLR 1/4, julio-agosto de 1960; Editorial, «Scarborough and Beyond», NLR 1/6, noviembre-diciembre de 1960; Perry Anderson, «The Left in the Fifties», NLR 1/29, enero-febrero de 1965.

³ Edward Thompson, «Notes on Exterminism», NLR 1/121, mayo-junio de 1980; Raymond Williams, «The Politics of Nuclear Disarmament», NLR 1/124, noviembre-diciembre de 1980; Lucio Magri, «The Peace Movement and European Socialism», NLR 1/131, enero-febrero de 1982; Ernest Mandel, «The Threat of War and the Struggle for Socialism», NLR 1/141, septiembre-octubre de 1983. Muchos de estos artículos juntamente con los de Noam Chomsky, «Strategic Arms, the Cold War and the Third World» y Mike Davis, «Nuclear Imperialism and Extended Deterrence» entre otros, están reunidos en E. P. Thompson y otros, *Exterminism and Cold War*, Verso, Londres, 1982.

I. Guerra Fría

Los orígenes diplomáticos del Tratado se encuentran en una convergencia contingente de intereses entre las superpotencias durante la Guerra Fría. Las dos bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos en 1945 sobre Japón, un país que ya estaba derrotado, establecieron su superioridad en este campo, y lo convirtieron en la única potencia que hasta ahora ha utilizado las armas nucleares. Dirigida en parte a intimidar a la Unión Soviética, la demostración de fuerza, deliberadamente espectacular, impulsó los esfuerzos rusos para hacerse con armas que equilibraran la situación. En 1949 la URSS tenía su propia bomba atómica. En 1952 Estados Unidos realizo la prueba de la bomba de hidrógeno, todavía más poderosa; en 1955, la URSS volvía a alcanzar el nivel de Estados Unidos, y en 1957 ambas potencias tenían sistemas de lanzamiento de misiles de combustible líquido, aunque Estados Unidos estaba a la cabeza tanto por su número, como por su tecnología. La potencia, en megatones, de una única bomba era ahora unas 4.000 veces mayor de la que se había lanzado sobre Hiroshima⁴. Gran Bretaña, a quien Washington consideraba un aliado completamente fiable, y que todavía se encontraba en posesión de un imperio considerable, fue autorizada a continuar su propio programa nuclear, haciendo explotar un artefacto de fisión en 1952 y otro pequeño de fusión en 1957, provocando las primeras protestas en Aldermaston al año siguiente. Pero el Reino Unido, como leal anexo de Estados Unidos, no alteró el duopolio básico de los dos grandes antagonistas nucleares.

La coyuntura de la década de 1960

Las cosas cambiaron en 1960. Francia, el otro gran poder colonial europeo, no encontró ninguna razón por la cual no pudiera tener lo que Gran Bretaña ya tenía, y ese año lograba detonar un artefacto nuclear en Argelia. Aunque París había firmado el Pacto del Atlántico, no aparecía para Washington bajo la misma luz que Londres. Francia no había ratificado la Unión de Defensa Europea, mantenía una guerra desestabilizadora en el norte de África y planeaba un ataque sobre Egipto que Estados Unidos consideraba que era necesario frustrar. Además, en 1960, De Gaulle, con un largo historial de negativas a inclinarse ante los deseos estadounidenses, estaba a la cabeza del Estado y pronto rechazaría la participación de

⁴ Sin embargo, desde mediados de la década de 1950, se empezó a dudar sobre el despliegue creíble de semejantes armas. Como preguntaba Eisenhower en 1954: ¿Qué haces con esa victoria? [...] Nos encontraríamos con una gran extensión, desde el Elba a Vladivostok, descendiendo por todo el sureste de Asia, desgarrada y destruida, sin gobierno, sin comunicaciones, simplemente un área de hambre y desastre [...] ¿Qué podría hacer el mundo civilizado con ella?. Declaraciones privadas a altos funcionarios en Quantico (VA), recogidas en el diario de James Hagerty el 19 de junio de 1954, Eisenhower Library; citado en Philip Bobbit, *Democracy and Deterrence. The History and Future of Nuclear Strategy*, Basingstoke, 1988, p. 41.

Gran Bretaña en el Mercado Común como el caballo de Troya de los intereses de Estados Unidos. Una Francia nuclearizada con una política exterior independiente era una perspectiva difícil de digerir.

Las preocupaciones de Moscú se encontraban en otra parte. Alemania Occidental había renunciado a sus derechos sobre un programa nacional de armas nucleares en el Acuerdo de París de 1954, pero mantenía la posibilidad de alcanzar el estatus nuclear a través de una Europa unida. Con la ayuda francesa, esperaba hacerlo ahora dentro de la Comunidad Económica Europea. Semejante posibilidad estaba destinada a alarmar a la URSS, después de su experiencia con Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Por primera vez, esto creó un potencial terreno común entre Washington y Moscú sobre la cuestión de las armas nucleares; Estados Unidos se mostraba hostil a las ambiciones francesas, la URSS frente a las alemanas. El resultado fue la aprobación en 1961 de una resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas, que hacía un llamamiento para iniciar los trabajos preliminares sobre un tratado que prohibiera la adquisición de las armas nucleares por parte de nuevos Estados, mientras que garantizara los arsenales de las dos superpotencias⁵. Sin embargo, aquí se llegó a un alto temporal, va que los intentos de Washington por evitar el surgimiento de un eje nuclear autónomo franco-alemán implicaban ganarse a Bonn en contra de París. El gobierno de Adenauer fue cortejado con promesas de una fuerza multilateral de la OTAN, con mando compartido, que permitiría a los generales y científicos alemanes el acceso a las armas atómicas estadounidenses, lo que suponía un anatema para la dirección soviética. El deseo de Washington de hacer de una fuerza conjunta occidental el elemento de cualquier formula de no proliferación, bloqueó durante los siguientes cuatro años las negociaciones sobre el TNPN.

Las razones que les llevaron a retomar estas negociaciones procedieron del otro frente de la Guerra Fría, los países del Tercer Mundo, donde las fuerzas antiimperialistas se estaban poniendo en marcha. A medida que fueron ganando terreno en la década de 1960 la Revolución Cubana, la descolonización de África y las luchas guerrilleras en América Latina, Washington tenía nuevas razones para prestar atención al discurso soviético sobre la coexistencia pacífica; especialmente si ello podía traducirse en poner freno al apoyo material de Moscú a las luchas de liberación nacional, y por encima de todo, en asegurar un silencio diplomático ante la escalada de la guerra en Vietnam. Por su parte, la dirección soviética estaba ahora en abierto conflicto con China, una grieta que había comenzado precisamente con el tema de las armas nucleares, cuando Krushchev se había negado a compartir la tecnología con Mao. La explosión de un artefacto de prueba chino en diciembre de 1964 mostró que incluso un país pobre, aunque fuera el mayor en la Conferencia de Bandung, podía adquirir una

⁵ Desde 1958, un país «neutral» como Irlanda había estado presentando resoluciones sobre la no proliferación en cada Asamblea General.

fuerza de disuasión. La bomba china convenció a Washington y a Moscú de la necesidad de restringir el surgimiento de más poderes nucleares, tanto en el Tercer Mundo como en Europa.

Negociación

Sin embargo, el regreso del tratado de no proliferación a la agenda diplomática, no fue una cuestión de la equivalencia de preocupaciones entre las dos superpotencias. La iniciativa procedió de Washington para quien el TNPN también tenía un interés especial. Un tratado que limitara la extensión de las armas nucleares podía proporcionar la oportuna cobertura ideológica a la Administración Johnson, que precisamente entonces estaba extendiendo su guerra en Vietnam, haciéndola aparecer en última instancia, dedicada a la causa de la paz mundial, incluso aunque estuviera intensificando sus bombardeos sobre Hanoi. Como explicaba en la primavera de 1966 el responsable de la Administración en las negociaciones de desarme, al secretario de Estado, «las repercusiones de la situación en Vietnam obligan a que Estados Unidos demuestre claramente su deseo de negociar seriamente medidas que contribuyan a la estabilidad internacional, poniendo freno a la carrera de las armas nucleares». La Casa Blanca señaló que «las diferencias con los comunistas sobre Vietnam hacen que sea de la mayor importancia el perseguir nuestro interés común por evitar la extensión nuclear y poner freno a la carrera de armas nucleares». Johnson envió una carta personal a Kosygin insistiendo en un Tratado de No Proliferación y garantizando que Estados Unidos se oponía a que Alemania Occidental adquiriera armas nucleares. Dean Rusk informó que Moscú podría aceptar las consultas sobre temas nucleares entre Bonn y la OTAN, pero quería garantías de que el TNPN no «serviría como frente para futuros acuerdos de armamento»⁶. Las discusiones bilaterales se aceleraron durante la visita de Gromyko a Nueva York en septiembre de 1966. En diciembre, Washington hacía circular entre sus aliados un texto revisado de lo que serían los dos primeros artículos del Tratado: los cinco Estados que ya poseían armas nucleares se comprometerían a no entregarlas a otros y los Estados no poseedores se comprometerían a no adquirirlas⁷.

⁶ Memorandum de John Foster a Dean Rusk, 25 de mayo de 1966, y Committee of Principals summary, 21 de enero de 1966, en "Foreign Relations of the United States, 1964-1968", vol. XI, Arms Control and Disarmament, Historian's Office, Department of State, Washington, DC. Foster también sugiere a Rusk que «tendría un incuestionable valor político para nosotros alcanzar un acuerdo importante sobre control de armas con los soviéticos, a la vista del estado de las relaciones chino-soviéticas".

⁷ Examinando el balance de fuerzas, los negociadores de Estados Unidos y la Unión Soviética acordaron que el TNPN definiría como Estados legítimamente poseedores de armas nucleares a todos aquellos que hubieran realizado una explosión nuclear antes de 1967, es decir, Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y la República Popular China (en aquél momento todavía vetada por Estados Unidos para ocupar el asiento de China en la Asamblea General y el Consejo de la ONU).

Pero el proyecto del Tratado se encontró con un aluvión de críticas cuando fue presentado al Comité de Desarme de las Dieciocho Naciones, el órgano de Naciones Unidas encargado de ese tema. India y Brasil sostuvieron que el primer artículo de un tratado de no proliferación debería prohibir la producción de armas nucleares en general. El TNPN era discriminatorio e hipócrita, pidiendo al resto del mundo que renunciara a la bomba por el bien de la humanidad, mientras las autodefinidas potencias nucleares se aferraban a las suyas. Francia, aunque con un puesto entre estas últimas, rechazó el Tratado por cuestión de principios, su representante declaraba: «esto no es un desarme, esto es solamente el fortalecimiento del monopolio de las grandes potencias». Los medios de comunicación alemanes lanzaron una virulenta campaña en contra de la «imposición de los gigantes atómicos», a la que Adenauer atacó como «un Plan Morgenthau creado a medida de las dos potencias» y Strauss como «un nuevo Versalles».

Para sobornar a esta oposición, durante el periodo previo a la votación en Naciones Unidas se añadieron apresuradamente un rosario de nuevos artículos. El más dulcificado era el artículo IV, que ofrecía a los firmantes ayuda para acceder a la energía nuclear de uso civil⁸. Alemania podría seleccionar a los inspectores de sus propias plantas nucleares y al igual que Canadá, Japón y otros aliados industrializados de Estados Unidos adquiriría tácitamente el estatus de país «en el umbral nuclear», pendiente de la última conexión. Un nuevo artículo VI relegaba el desarme de los cinco países con armas nucleares a un futuro sin especificar. El artículo X permitía a los firmantes retirarse del Tratado y limitaba su duración a 25 años. después de los cuales una nueva conferencia internacional, prevista para 1995, decidiría sobre su renovación. Sin embargo, la acogida siguió siendo tan tibia que cuando finalmente el Tratado se presentó ante la Asamblea General en junio de 1968, cerca de una tercera parte de los Estados miembros se negaron a apoyarlo. Se aprobó en medio de los ataques generalizados de Estados Unidos para aplastar la ofensiva del Tet.

Para aquellos que sí lo firmaron, el mayor atractivo estaba en la promesa de acceso a la energía nuclear de uso civil. Un montón de dictaduras de grado medio, el sah de Irán, Díaz Ordaz en México, los generales nigerianos, Marcos en Filipinas, la junta tailandesa, los dirigentes baazistas que llegaron al poder en Siria e Iraq, todas ellas esperaban beneficiarse del paraíso atómico que se anunciaba en el artículo IV. Una serie más amplia de firmantes más pobres, incluyendo a Somalia, Haití y Nepal, en ningún caso serían capaces de afrontar un programa de armamento nuclear, aunque podían aspirar a las migas del banquete. Los aliados de la OTAN re-

_

⁸ Aunque las prometidas facilidades no se definían en ninguna parte, Foster manifestó ante el Congreso de Estados Unidos que incluirían el enriquecimiento de uranio, el almacenamiento de material fisible, los reactores alimentados por plutonio y los reactores rápidos de neutrones. Mohamed Shaker, *The Nuclear Non-Proliferation Treaty. Origins and Implementation*, 1959-79, Oceana, Nueva York, 1980, vol. 2, p. 251.

cibieron garantías de Estados Unidos de que ellos tendrían «un dedo en el gatillo». Un grupo de países en el umbral nuclear -Alemania Occidental. Italia. Iapón. Corea del Sur- esperaron hasta que la Agencia Internacional de la Energía Atómica, inicialmente parte del programa de Átomos para la Paz de Eisenhower en 1953, se hubo constituido en el organismo oficial del Tratado, y accedieron una vez que acordaron protocolos de inspección convenientemente benévolos. Pero para la mayoría el señuelo de la energía nuclear se demostró una ilusión; pocos de los prometidos reactores acabaron por llegar y a medida que los Estados de los países en vías de desarrollo iban siendo capaces de construirlos, la Administración de Carter impuso una nueva serie de limitaciones. El Acta de No Proliferación Nuclear de 1978 establecía que el combustible nuclear de Estados Unidos solamente se podía enviar a Estados que aceptaran nuevas salvaguardas, mientras que el Grupo de Suministradores Nucleares, un consorcio industrial estadounidense dominado por los intereses del sector privado, se utilizó para cribar a los importadores, considerando a los clientes caso por caso⁹. Potencias regionales importantes como Brasil, India China, Francia, Argentina, Chile, Cuba, Sudáfrica, Israel y Pakistán continuaron rechazando el Tratado.

¿Exterminismo?

Sin embargo, a finales de la década de 1970 el balance de fuerzas que había dado origen al Tratado estaba cambiando. Las revoluciones en Nicaragua e Irán fueron las últimas revueltas antiimperialistas del periodo que tuvieron éxito. Un punto de inflexión era el alineamiento de China con Estados Unidos, no solamente en contra de la Unión Soviética, sino también, como lo reflejaba su invasión en 1978 del recién liberado Vietnam, en contra de movimientos revolucionarios a los que anteriormente había apovado en el Tercer Mundo. El resultado fue un cambio decisivo a favor de Occidente de la relación triangular entre las potencias de la OTAN, el bloque soviético y las fuerzas antiimperialistas. Washington podía endurecer su posición frente a la Unión Soviética con el tácito respaldo de China. La Administración Carter comenzó el último asalto de la Guerra Fría anunciando planes para mejorar su fuerza de ataque nuclear en Europa. En diciembre de 1979, la OTAN acordó situar misiles Cruise y Pershing en Gran Bretaña y Alemania; Reagan rápidamente procedió a instalarlos. La Unión Soviética, paralizada en manos de Breznev y empantanada en su propia guerra en Afganistán, continuó dando tumbos en el mismo camino con planes para una nueva generación de misiles. Como había sucedido en la década de 1960, pero ahora en un escenario internacional más amplio, la amenaza movilizó a miles de personas en protesta contra las armas nucleares. Las obras de Jonathan Schell, Fate of the Earth, y Edward

⁹ David Fischer, *History of the International Atomic Energy Agency. The First Forty Years*, Viena, 1997, p. 99.

Thompson, *Protest and Survive*, describían las terribles consecuencias de una guerra nuclear de manera todavía más clara a como lo había hecho la Campaña del Desarme Nuclear, 20 años antes.

Éste era el contexto del debate alrededor de «Notes on Exterminism». La apasionada polémica de Thompson arremetía contra posiciones caricaturizadas, pero reconocibles que se escuchaban a menudo en la izquierda: las causas de la Guerra Fría se encontraban en las tendencias expansionistas del imperialismo mundial; el armamento nuclear del socialismo de Estado era mavoritariamente una reacción defensiva: la bomba era una cosa, no un agente; la preocupación por los horrores de la guerra nuclear era desviacionista, llevando a la «neutralidad, al pacifismo y al fracaso en conectar con las luchas del Tercer Mundo». En contra de semejantes engaños, Thompson sostenía que las categorías de capitalismo, imperialismo y socialismo de Estado no eran adecuadas en la situación sin precedentes de principios de la década de 1980, que se resumía en una confrontación entre dos sistemas «exterminadores» paralelos. Con escalofriantes evocaciones de una catástrofe final, predijo que a no ser que el movimiento pacifista se impusiera, era prácticamente segura una confrontación nuclear antes de que acabara el siglo. La amenaza del extermminio exigía que todas las diferencias secundarias, socialismo, capitalismo, se subordinaran al «imperativo humano» de sobrevivir.

Mientras apoyaban calurosamente el llamamiento de Thompson a una protesta masiva en contra de una catástrofe nuclear, los participantes en el debate ofrecieron exposiciones alternativas sobre las intensificadas tensiones de la Guerra Fría en ese momento. Ampliaron el alcance del exterminio para incluir lo que Mike Davis llamaba el «exterminismo realmente existente» en San Salvador o Ciudad de Guatemala, y la «revolución en la contrarrevolución» realizada por Reagan. En uno de los ensayos más convincentes, Raymond Williams advertía contra la lógica política de un debate que no pasaba de las consecuencias de pesadilla de un conflicto nuclear. «Nadie está más dispuesto a reconocer esos horrores que los defensores y actuales ejecutores de esta carrera de armamentos, que derivan de ellos sus propios modelos de disuasión y consiguen el apoyo de gran parte de la opinión pública». Enfrentarse a la amenaza de la confrontación nuclear considerándola un tema diferenciado, totalmente determinante, era oscurecer sus causas reales y fomentar una «sensación de desamparo frente a una fuerza enorme, impersonal e incontrolable», justamente lo que pretendían hacer los poderes nucleares establecidos.

Para Williams, la política de desarme obligaba a un reconocimiento claro de la validez de la disuasión nuclear como estrategia de defensa nacional. «Ninguno de los que estamos en contra de las armas nucleares y de la carrera de armamentos deberíamos negar ni cuestionar por un instante, los deseos naturales y totalmente razonables de todos los pueblos por estar protegidos de un ataque directo». Como sostenía en otros lugares, a los chinos no se les podía negar lo que los estadounidenses y rusos ya tenían.

La disuasión indudablemente había tenido un papel, junto a una serie más amplia de luchas políticas y a la repugnancia pública en ser el primero en usarlas, para refutar las predicciones de aniquilación nuclear. Williams distinguía entre «estrategias de disuasión» defensivas, esencialmente nacionales y una «ideología de la disuasión» más amplia, que estructuraba las alianzas de la Guerra Fría. Resguardarse bajo un paraguas nuclear estadounidense (o soviético) suponía «aceptar una constante pérdida de independencia y abrirse a un campo político mucho más amplio». La renuclearización de principios de la década de 1980 amenazaba con convertir a las poblaciones europeas de «sujetos de disuasión» en «objetos de una ideología de disuasión totalmente por encima de nosotros como naciones o pueblos». En el proceso, «el deseo de desarme es capturado ideológicamente y utilizado como la cobertura de una nueva etapa de rearme». Era a esta lógica, tan llamativamente premonitoria del papel posterior del TNPN, a la que los nuevos movimientos de masas tenían que oponerse.

II. NUEVO ORDEN

Aproximadamente tres décadas después, el veredicto histórico sobre el debate del exterminismo podría parecer inequívoco: la aniquilación nuclear no se ha producido. El capitalismo nunca se ha visto aceptado de manera tan generalizada como la forma definitoria de la era. En el tablero ideológico, el imperialismo, rechazado desde hace tiempo como doctrina anticuada, se da por sentado, ya sea para celebrarlo o lamentarlo, a medida que las bases del imperio estadounidense se han extendido desde Europa occidental y el este de Asia a Europa central, los Balcanes, el Cáucaso, Oriente Próximo y Asia central. Observado desde el espacio por enjambres de satélites, la disuasión ampliada se ha desplegado por todo el planeta, de Ascensión a Diego García, de Okinawa a Incirlik. Rusia y China han sido integradas en el orden económico dirigido por Estados Unidos. En cuanto a la ideología de la disuasión, la visión de William fue profética: las esperanzas de desarme han sido globalmente «capturadas» para formar la cobertura de una nueva etapa de expansión militarista, que se ha efectuado a través del Tratado de No Proliferación.

El origen de la nueva relevancia del TNPN arranca de la victoria de Estados Unidos en la Guerra Fría. En la era, que podríamos decir que comenzó en 1991 con la Guerra del Golfo, hubo tres factores que transformaron el régimen del Tratado. En primer lugar, el Tratado fue fortuitamente alineado con la pertenencia al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas cuando en el verano de 1991 tanto Francia como China, las dos potencias nucleares que una vez lo habían criticado con tanta vehemencia, protagonizaron un cambio radical y anunciaron su intención de firmarlo. En ambos casos, el proceso supuso una crisis política nacional, que deshizo anteriores clamores de independencia social, y condujo a una rendición ante la hegemonía estadounidense. En Francia, Mitterrand ya había establecido tácitamente el neoliberalismo en casa y el neoamericanismo

en el exterior, después del colapso del intento inicial socialista de nacionalización y reactivación de 1982; su llamamiento a Alemania para que aceptara los misiles Pershing obtuvo una cálida acogida de la Casa Blanca de Reagan. Pero con la caída de la Unión Soviética, cualquier fachada de una independencia neogaullista de las dos potencias también se derrumbó. El deslizamiento hacia Washington se consumó con la Guerra del Golfo, cuando las tropas francesas se colocaron bajo mando estadounidense. En junio de 1991, tres meses después de la expulsión de los iraquíes de Kuwait, Mitterrand anunciaba un «Plan Maestro para el Desarme Global»: Francia firmaría el Tratado de No Proliferación y llamaba a todos los Estados para que hicieran lo mismo.

El giro chino hacia el Nuevo Orden Mundial llegó seis semanas después. Económica y diplomáticamente, la historia había comenzado con la política de Puertas Abiertas de Deng Xiaoping v su viaje a Estados Unidos a finales de la década de 1970. Pero fue la crisis de 1989, con las masivas protestas contra del régimen en las ciudades y el aislamiento de la RPCh después de la represión militar, lo que desencadenó el cambio decisivo. Después de Tiananmen, ansioso por deshacerse de su estatus de paria y sintiendo que ahora no había nada que perder por tirar por la borda pasados principios, en cuyo nombre adquirió en su momento las armas nucleares, el PCCh se unió al Tratado. El anuncio fue hecho por Li Peng en agosto de 1991, como tentativa para ganarse el favor estadounidense durante la visita del primer ministro japonés a Pekín; la primera visita de un dignatario extranjero después de la represión del 4 de junio. A su vez, la adhesión anunciaba la gira de Deng por el sur, bendiciendo el mercado bursátil y emprendiendo el rotundo giro hacia el capitalismo¹⁰. Con la adhesión de Francia y China, la grieta, por lo menos la oficialmente admitida, entre el pays légal del TNPN y el pays réel del poder nuclear, se cerraba. La feliz casualidad de que los cinco poseedores «legítimos» de armas nucleares fueran también los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, que disfrutan de poderes de veto que les colocan por encima de otros Estados, significaba que el oligopolio nuclear que formaban tenía ahora los mecanismos de refuerzo que la ONU ponía a su disposición.

Los niveles inferiores del TNPN también fueron tragados por los cambios de 1991, un segundo factor que generalizó su dominio. Accedieron 45 nuevos Estados al Tratado, que se convirtió en un examen de la respetabilidad internacional, aplicada selectivamente. Entre los nuevos miembros estaban las antiguas repúblicas soviéticas y yugoslavas, Sudáfrica después del *apartheid*, y 6 nuevos Estados subsaharianos, que se habían mantenido al margen mientras Pretoria tuvo la bomba. La presión diplomática de Francia, China, Canadá y otros en la preparación de la Conferencia de Re-

¹⁰ En 1984 Zhao Ziyang ya había proclamado elocuentemente el apoyo de China a la no proliferación en una cena en la Casa Blanca, y en 1988 los especialistas de la Academia China de Ciencias Sociales estaban ocupados revisando la tradicional crítica de la RPCh al TNPN como tratado discriminatorio.

novación del Tratado que debía celebrarse en 1995, incorporó a una docena más de Estados, incluyendo a Chile, Argentina y Myanmar. Como era de esperar, la Conferencia dio por hecho la renovación indefinida e incondicional del Tratado, aunque una rebelión de última hora de los Estados árabes en relación a la bomba israelí amargó la atmósfera, y condujo a la aprobación del Tratado no por votación sino por «aclamación general»¹¹. El tercer factor fue la reconversión de la AIEA, en las postrimerías de la Guerra del Golfo, de una agencia de control nuclear a una extensión más o menos transparente del servicio de inteligencia estadounidense. Sus órganos representativos y estructura de financiación fueron revisadas, y ésta última pasó a basarse en proyectos, con Estados Unidos como el principal proveedor de fondos. Las medidas de seguridad fueron reducidas (el laboratorio central de la Agencia tuvo un escape de plutonio en 2008), a favor de inspecciones selectivas, respaldadas por un mandato del Consejo de Seguridad, que conllevaban la amenaza de la utilización de la fuerza. El director general de la AIEA, Hans Blix elaboró un régimen de inspecciones más intrusivo, el «Programa 93+2», que presentaba las tácticas de confrontación que debían desarrollarse en Iraq, Irán y Corea del Norte; acusaba a los técnicos de ocultación, exigiendo acceso a lugares no registrados o no nucleares, y ponía el peso sobre el acusado para que fuera él quien demostrara su inocencia. Desde 1997, el lugarteniente y sucesor de Blix, Mohamed ElBaradei ha continuado con el mismo modelo con ayuda de Olli Heinonen, un químico en alza de Helsinki¹², especializado en energía nuclear. Con el aumento de los poderes de control en Viena, la consolidación diplomática en Nueva York y el alineamiento político con el Consejo de Seguridad, el Tratado estaba preparado para su uso en el nuevo siglo.

Tres excepciones

En 2003, en las vísperas de la invasión de Iraq, solamente tres de los 193 Estados miembros de Naciones Unidas no eran firmantes del TNPN. Los tres poseían armas nucleares, pero a diferencia de Iraq, atacado con el pretexto de que las estaba desarrollando, más que castigados han sido recompensados con generosidad. Israel, el caso más notorio, no sólo recibe más ayuda económica y militar *per capita* de Estados Unidos que ningún otro Estado de la Tierra, sino que incluso la «comunidad internacional» no admite que tenga un arsenal atómico. Durante medio siglo, la resuelta persecución de las armas nucleares por parte de Tel Aviv solamente se puede comparar con la determinación estadounidense en no verla. Simón Peres comenzó una activa recaudación de fondos para una bomba israelí en Nueva York a principios de la década de 1950, y más

¹¹ Brasil firmaba en 1998 y Cuba en 2002 como precio por el comercio con Europa.

Heinonen está especializado en informes no oficiales para la prensa internacional, normalmente sobre la base de evidencias no comprobadas proporcionadas por el grupo iraní Muyajidín e Jalr, respaldado por Estados Unidos.

tarde realizaba los recorridos para millonarios en Dimona. En el encuentro de Sèvres que planeó el ataque tripartito sobre Egipto de 1956, se aseguró la asistencia nuclear de Francia y Gran Bretaña¹³. La Administración de Eisenhower ignoró las fotografías de los U-2 de la gran «fábrica textil» que se estaba construyendo en el desierto; después de las revelaciones de 1960, las negaciones de Ben Gurion fueron tomadas en su justo valor; igualmente las evidencias de una prueba nuclear conjunta de Israel y Sudáfrica fueron descartadas por Carter. No ha habido protestas por el secuestro y encarcelamiento de Mordechai Vanunu por sus denuncias sobre Dimona¹⁴. Actualmente, cuando el arsenal nuclear israelí tiene un tamaño comparable al de Gran Bretaña, los perros guardianes de la AIEA continúan actuando como si no existiera. En un recorrido por el país con la Fuera Aérea israelí en 2002, en la cumbre de las falsedades de Blair y Powell sobre el programa nuclear iraquí, ElBaradei pasó por encima de Dimona sin abrir la boca.

Si la vieja farsa de la no consideración de Israel como una potencia nuclear permanece como la más flagrante de las hipocresías del TNPN, el tratamiento dado a los dos Estados subcontinentales que también han rehusado firmar el Tratado ha seguido la misma lógica; los países asociados o dependientes de Occidente pueden, si así lo deciden, ignorar el Tratado con toda impunidad. Las intenciones de India de hacerse con la bomba nunca fueron un secreto diplomático; Delhi desdeñaba las pantomimas de Dimona y su primera explosión la realizó en 1974. Carter aplicó una exención presidencial en 1979 para anular la Ley del Congreso de 1978 y aprobar los envíos de combustible nuclear a India. El anuncio de Atal Vajpayee de la capacidad del armamento nuclear hindú fue recompensada con el fausto de la visita de Clinton en 2000, la primera de un presidente de Estados Unidos. El acuerdo de 2005 entre Bush y Manmohan Singh, que levantaba formalmente las restricciones sobre la venta de tecnología nuclear a India, representaba la continuación de esta política, al mismo tiempo que amarraba la política exterior de Delhi a los dictados de Washington, dentro de una esfera estratégica más amplia, dirigida principalmente hacia Irán y China¹⁵.

Occidente tampoco ha montado demasiado escándalo con la bomba pakistaní, aunque el tratamiento ha sido un poco menos efusivo. Una prohibición de suministro de combustible nuclear en 1979, en línea con la Ley

¹³ «En Israel un millón de judíos están asediados por los árabes; en Argelia pasa lo mismo con un millón de franceses», le decía a Peres el ministro francés del Interior, Bourgès-Maunoury: Michael Karpin, *The Bomb in the Basement*, Nueva York, 2006, p. 62.

¹⁴ Después de 14 años en prisión, Vanunu permanece retenido en el país ya que las autoridades israelíes rechazan sus, cada vez más desesperadas, solicitudes de un visado de salida.
¹⁵ El acuerdo está sometido al visto bueno anual del Congreso a tenor de la *Hyde Act* de 2006; entre sus requerimientos sobre política exterior se encuentra que India «participará activa y completamente» en los esfuerzos de Estados Unidos para «disuadir, aislar y si es necesario, sancionar y contener» a Irán.

de 1978, fue revocada por Carter en 1980, cuando Muhammad Zia se convirtió en un aliado de primera fila en Afganistán; impuesta de nuevo en 1998 después de que Islamabad realizara su primer ensayo, se levantó de nuevo en 2001 para la segunda invasión de Afganistán. El descontento occidental con las anteriores intenciones de Pakistán de compartir sus conocimientos nucleares con Estados no clientes como Libia, Irán y Corea del Norte, no debería exagerarse: la red de Abdul Qadeer Khan está controlada por el servicio de inteligencia de Estados Unidos desde, por lo menos, 1975. Cualquier irritación occidental sobre semejantes empresas nucleares es una pequeñez en comparación con el papel estratégico de Pakistán en la Guerra contra el Terror, que le ha proporcionado grandes cantidades de ayuda estadounidense, sin refunfuñar en absoluto por el TNPN. Al mismo tiempo, las contradicciones entre Estados Unidos y Pakistán –Washington se apoya en el Estado mientras desestabiliza el país– están en cierta medida contenidas por la capacidad nuclear de Islamabad.

Dos objetivos

La complacencia occidental hacia los tres Estados nucleares que han rechazado el TNPN ha venido acompañada por una incesante hostilidad hacia otros, que lo han firmado, pero que están acusados de no respetarlo. La diferencia no se encuentra en ninguna distinción legal sino en la relación de esos países con Estados Unidos. El Israel de Shamir y Sharon; la India de Desai y Vajpayee, y el Pakistán de Zia y Musharraf, eran amigos de Occidente. El último baazismo iraquí, el Irán de Jomeini y el comunismo de Corea del Norte no lo eran. En nombre del TNPN, el primero fue derrocado y todavía ruge entre sus ruinas una guerra sanguinaria. El segundo y el tercero se han visto repetidamente amenazados con la misma suerte, por las mismas razones. Ambos Estados tienen buenas razones para temer por su seguridad, ambos están rodeados por potencias nucleares, v conocen bien las realidades de una invasión extranjera. El estatus de las armas nucleares puede haberse erosionado dentro de los arsenales de las grandes potencias por el aumento del poder destructivo y la precisión del armamento convencional, sobre el que no hay ningún tabú; pero la disuasión nuclear todavía es una defensa poderosa para Estados menores contra el cambio de régimen o la invasión. Habida cuenta de sus respectivas historias y circunstancias, no resulta sorprendente que Irán y Corea del Norte estuvieran tratando de protegerse contra semejantes riesgos. El «deseo natural y totalmente razonable de todos los pueblos por estar protegidos ante un ataque directo» del que hablaba Williams, está enormemente cuestionado por las actuales amenazas en su contra. El objetivo del régimen del Tratado es evitar su autoconstitución en «sujetos de disuasión».

Los dos Estados no son idénticos, pero tienen en común que ninguno de ellos puede alcanzar otra cosa que una capacidad nuclear defensiva. Corea del Norte, un país asediado y empobrecido, amenazado desde hace tiempo con ataques nucleares de Estados Unidos, lleva intentando desde

hace 15 años cambiar su minúsculo programa nuclear por ayuda, por encima de todo por un suministro de energía de la que el país se encuentra desesperadamente escaso. La RDPC es el típico caso de un pequeño Estado engañado para que asuma las obligaciones del Tratado a cambio de un reactor civil que nunca acaba de llegar. Las negociaciones para comprar una planta soviética, un proyecto diferente al programa de investigación nuclear que existía con anterioridad, empezaron con Chernenko en 1984; el acuerdo final quedó congelado debido a las presiones de Estados Unidos sobre Gorbachov y Shevardnadze, que convirtieron la firma del TNPN en una condición previa. Corea del Norte firmó el Tratado en diciembre de 1985, pero el reactor no llegó a materializarse y Pyongyang se quedó abandonado cuando en 1988 Shevardnadze cambió la orientación de su política coreana hacia Seúl. Esto dejó el embrionario programa de investigación de la RDPC a merced del régimen de inspecciones 93+2 de Blix. En 1994 las pretensiones de la AIEA llevaron a una escalada de la tensión que estuvo a punto de llegar a la guerra; la Administración Clinton preparó un primer ataque sobre el país, detenido en el último minuto. Se preparó un acuerdo marco ofreciendo la compra de reactores estadounidenses de agua ligera a cambio de la inspección de su planta de Yongbyon v de rectificar su retirada del TNPN. Una vez más, va fuera por la parsimonia del Congreso o por raisons d'état más cínicas, los reactores prometidos no llegaron a aparecer, después de lo cual Pvongyang reanudó su programa. El mismo modelo se repitió con la Administración Bush, que desde finales de 2002 elevó de nuevo las tensiones. Después de que los coreanos hubieran hecho explotar un artefacto nuclear (el más pequeño de los que se han probado, menor de un kilotón) Washington firmó un acuerdo que era prácticamente idéntico al de 1994; y de nuevo se quedó atascado su cumplimiento por parte estadounidense. En el momento actual, el ciclo avanza a trompicones en su segunda fase en la que cada parte trata de embaucar a la otra, mientras Corea del Norte pone en juego la única baza de la que dispone, la negociación, al tiempo que todavía espera conservar la capacidad de volver a utilizarla. Habida cuenta de que Estados Unidos hasta ahora no ha mostrado ninguna voluntad de firmar un tratado de paz que ponga un fin formal a la Guerra de Corea, y que supondría el reconocimiento de la RDPC, la paranoia que se atribuve a Pyongvang no resulta incomprensible.

Irán, un Estado de importancia regional en todos los aspectos, que sostiene que ha acatado el TNPN, es actualmente el caso más conflictivo a ojos de Occidente. A pesar de todos sus desmentidos, hay razones para creer que a Teherán le gustaría adquirir la disuasión nuclear que sus vecinos ya tienen. Está perfectamente claro que la capacidad nuclear iraní no supondría una amenaza para Estados Unidos o cualquier potencia occidental, solamente podría servir de escudo contra un ataque contra el país. Tampoco sería una amenaza militar para Israel, a quien Irán nunca se atrevería a atacar; sin embargo, acabaría con el monopolio atómico que Israel ha disfrutado hasta ahora en la región. Pero tras la derrota de Iraq en 1991, Irán ha surgido como una amenaza política para Israel, un rival en la influencia so-

bre el gran Oriente Próximo. De aquí el incesante sonido de tambores de guerra en Tel Aviv. Antes de la Guerra del Golfo, las relaciones entre Israel e Irán eran, sobre la mesa, de estrecha cooperación. La doctrina de Ben Gurion de alianza con la periferia. Turquía, Irán, Etiopía, en contra de un mundo árabe hostil, siguió en vigor mucho tiempo después de la Revolución islámica de 1979. Pero cuando el último poder árabe independiente de cierta consideración fue derrotado con la operación Tormenta del Desierto, Israel empezó a considerar una nueva estrategia, respaldada por muchos en Estados Unidos, basada en un Gran Oriente Próximo; una estrategia que reunía el cerebro israelí, el capital del Golfo y la mano de obra barata árabe. En este escenario, Irán se convertía en el nuevo rival. En 1992, Rabín y Peres, movilizando al lobby israelí en Estados Unidos, lanzaron un bombardeo de propaganda en contra del gobierno de Rafsanjani, al que se describía como empeñado en respaldar la revolución fundamentalista con las armas nucleares¹⁶. Después de la estrategia de «doble contención» de Clinton en 1993, englobando a Irán e Iraq, vino la draconiana Ley de Sanciones contra Irán y Libia de 1996. Desde entonces, Irán ha sido señalado por las intrusivas inspecciones de la AIEA, por los informes «especiales», por la hiperbólica cobertura de la prensa internacional y ha sido objeto de menciones por el Consejo de Seguridad, simplemente por hacer lo que sus acusadores han estado haciendo durante años. Las amenazas militares contra los reactores de Natanz y Arak, procedentes de Israel y de los escaños del Congreso estadounidense, aumentaron hasta diciembre de 2007, cuando los cálculos del servicio de inteligencia de Estados Unidos echaron un jarro de agua fría sobre las perspectivas del progreso iraní hacia la bomba. Volvieron a comenzar en marzo de 2008 a menor escala, después de uno de lo informes de Heinonen para la prensa.

Considerando sus propios intereses, Washington hubiera tenido una buena razón para buscar un *modus vivendi* con Teherán. Los mulás han colaborado con Estados Unidos en la instalación de regimenes marionetas en Afganistán e Iraq, y cuando en 2003 se realizaron las primeras tentativas para abordar negociaciones, el gobierno de Jatamí se desvivió por ofrecer buenas relaciones a todos los niveles. Pero la oposición de Israel a cualquier acuerdo ha sido hasta ahora insuperable; tampoco está claro hasta dónde está dispuesto a llegar el Líder Supremo. Lo más probable es que Teherán mantenga la esperanza de un eventual acceso a las armas nucleares, pero no de manera incondicional; tampoco está muy claro qué incentivos aceptaría para renunciar a ellas. La actual escalada de amenazas y sanciones podría acabar mal y el peligro de una segunda guerra motivada por TNPN no puede descartarse. Si existe una base para lograr un acuerdo con el Gran Satán, también existe el riesgo de violentas hostilidades. El Tratado proporciona una invitación permanente para un ataque.

¹⁶ Véase el relato de Gary Sick, asesor del Consejo de Seguridad Nacional del momento, citado en Trita Parsi, *Treacherous Alliance. The Secret Dealings of Israel, Iran and the US*, New Haven, 2007, p. 163.

Potencias

Mientras tanto, ¿qué pasa con los miembros del oligopolio nuclear? Ninguno de ellos ha dado ningún paso serio hacia el desarme al que *pro forma* se les insta en el artículo VI del Tratado. Dentro de este grupo de países privilegiados, Rusia permanece como un ganador de segundo nivel, un poder convencional muy disminuido cuya anómala retención del segundo arsenal nuclear del planeta le otorga una fuerza muy por encima de su peso en el escenario internacional¹⁷. Por otro lado, el predominio de Estados Unidos sigue siendo tan abrumador como siempre, aunque la relevancia del elemento nuclear en su arsenal ha disminuido gracias a la «revolución en los asuntos militares». Hace años ya que el sector de las armas nucleares de Estados Unidos ha estado ocupado con modificaciones en las cabezas nucleares, actualizando un arsenal nacional estimado en 3.696 cabezas nucleares operativas y desplegadas, 5.736 en la reserva activa y miles más semiretiradas. Sin embargo, la estrategia militar de Estados Unidos no está totalmente subordinada a la lógica de la no proliferación. Para una corriente importante de la política estadounidense, todavía persiste una versión modificada del anterior triángulo que formaban sus relaciones con Rusia v China, aunque ahora vaciado de una tensión sistemática. Zbigniew Brzezinski viene manteniendo desde hace tiempo que el objetivo principal de la estrategia estadounidense debería ser evitar el surgimiento de un bloque poderoso consolidado en Eurasia, para lo cual tiene que controlar los «nuevos Balcanes» de Asia central y presionar militar y diplomáticamente a los grandes Estados del continente¹⁸. Además de las instalaciones estadounidenses que rodean virtualmente tanto a Rusia como a China, un círculo interior de aliados -las potencias de la OTAN, Japón, Australia, quizá pronto India- está estrechamente entrelazado mediante acuerdos misilísticos de defensa en torno a esos dos países; mientras que la implantación en Afganistán representa una presencia importante en sus patios traseros. Contradiciendo a la lógica del TNPN, Estados Unidos todavía tiene intereses potenciales en apoyarse en antiguos Estados del Tercer Mundo –India, pero quizá también Irán-contra cualquier unión de sus dos compañeros nucleares en el Consejo de Seguridad, incluso aunque trate de movilizarlos para bloquear el surgimiento de advenedizos nucleares en el Sur global.

III. CONSECUENCIAS DEL TRATADO

Incluso para el estándar poco exigente de la ley internacional, el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares es un instrumento descaradamente hipócrita y parcial. A pesar de ello muchos de los que reconocen

¹⁷ A pesar de que el armamento convencional ruso se ha incrementado desde 2005. Véase *The Military Balance 2008*, IISS, p. 206.

¹⁸ Zbigniew Brzezinski, *The Choice. Global Domination or Global Leadership*, Nueva York, 2005.

ese carácter, lo defienden como la menos mala de las opciones posibles. Esta postura está tan extendida que prácticamente no hay una oposición al Tratado en ninguna parte del mundo. El razonamiento que se encuentra detrás es sencillo: el peligro de una catástrofe nuclear es tan grande que es mejor soportar un grado de injusticia si ello minimiza los riesgos. Aunque el mundo sería un lugar mejor si ninguna potencia poseyera esas armas, no hay ninguna perspectiva de poder inducir a aquellos que las tienen a que renuncien a ellas; por ello debemos establecer lo que unos y otros podemos alcanzar, es decir evitar su extensión. Cuantos menos Estados posean esas armas, menor será el peligro de que se utilicen, de explosiones accidentales, o de su caída en manos de terroristas que intenten hacer saltar el mundo por los aires. La modesta mala conciencia necesaria para tragar el TNPN es un pequeño precio a pagar por la protección frente a semejantes pesadillas.

¿Qué validez tiene este razonamiento? Durante la Guerra Fría la «ideología de la disuasión» podía levantarse sobre la generalizada sensación de que la sistemática incompatibilidad de los campos capitalista y no capitalista era lo suficientemente real como para hacer que el conflicto total fuera posible, si no probable. Las preocupaciones nucleares actuales, con sus centros cambiantes y mal definidos -terroristas, regimenes islámicos-«aquellos que nos odian», están formalmente más cerca de las manipulaciones conservadoras del miedo («de todas las pasiones, la que más retiene al hombre para romper las leyes») en torno al crimen, la emigración, la depredación sexual, el otro racial, que de los terrores de la confrontación militar. El arsenal nuclear estadounidense se vuelve invisible en este discurso, cuya literatura, rancia y repetitiva («las posibilidades de una explosión nuclear en el bajo Manhattan o en el centro de Washington en los próximos diez años pueden ser del 10, 20 o incluso del 50 por 100»), se construye con las distorsiones factuales y las estadísticas engañosas tan claramente desacreditadas por John Mueller¹⁹. No se encuentra el poder imaginativo que caracteriza las distopías nucleares de Schell o Thompson²⁰. El alarmismo de estas perspectivas está surrealistamente reforzado

19 John Mueller, "The Atomic Terrorist. Assessing the Likelihood», documento presentado en el Programme on International Security Policy, Universidad de Chicago, 15 de enero de 2008.
20 Philip Bobbitt, *Terror and Consent. The Wars for the 21st Century*, Nueva York, 2008. Esta voluminosa obra de Bobbitt es una excepción, dado que desprecia el nivel real de la amenaza terrorista, señalando que en la década pasada han muerto más estadounidenses a causa del envenenamiento con cacahuetes que en atentados. Pero como productos de la liberalización económica global y de la transformación simultánea de las telecomunicaciones y la guerra, el 11-S y su estirpe son precursores de lo que está al llegar mientras el mundo soporte los dolores de parto del nacimiento del Estado de mercado. "Las guerras contra el terror" serán necesarias para derrotar cualquier amenaza a esta forma emergente si ha de estar basada en el consenso y no en la coacción; aunque Bobbitt reconoce que estas guerras son de poca monta comparadas con los conflictos que prevé en un mundo multipolar, todavía el peligro definitivo como ya señalaba en su obra de 1998, *Deterrence and Democracy*. Como una defensa esencialmente conservadora del privilegio, *Terror and Consent* carece de la apelación universal de la obra de Schell o Thompson. El intento de Bobbitt de

con la advertencia de que podrían provocar acontecimientos que realmente ya están en curso; «semejantes ataques podrían incluso provocar una crisis económica global», etc. Sobriamente valoradas, ¿hasta que punto son reales estas amenazas?

Los obstáculos para que un grupo terrorista construya un artefacto nuclear propio son en términos prácticos insuperables. En primer lugar, obtener grandes cantidades de uranio enriquecido, crear las plantas especializadas y los laboratorios de investigación, contratar a los necesarios científicos, técnicos e ingenieros nucleares, someter los prototipos a una extensa prueba experimental, adaptar los diseños a un material fisible determinado, y resolver los problemas de manufactura, transporte, etc., requerirían los recursos de un cuasi Estado. Tampoco es creíble que una operación de esta magnitud pudiera mantenerse oculta durante mucho tiempo. Como se ha señalado, la red de A. Q. Khan estaba infiltrada por el servicio de inteligencia de Estados Unidos ya desde 1975, y el sector, pequeño y especializado como es, está plagado de espías. La idea de que un Estado podría decidir «esconderse detrás» de un grupo terrorista es rocambolesca; los fantásticos rumores del tipo de que Teherán ha desplazado un *équipe* nuclear de Hezbollah a Toronto, se derrumban a la menor investigación. Los orígenes de cualquier artefacto semejante se podrían rastrear con facilidad: el Estado no solamente habría perdido el control de un gran activo, sino que estaría invitando a que se produjeran ataques de venganza. Tampoco es una opción seria pensar en robar una bomba; incluso la más simple esta provista de complicadas medidas de seguridad y necesitaría una continua actualización para seguir siendo efectiva. Todas estas razones sin duda se encuentran detrás de la advertencia encontrada en un ordenador de Al-Oaeda: «hacer uso de lo que se encuentra disponible, en vez de perder un tiempo valioso quedándote abatido por lo que no está a tu alcance».

¿Qué pasa con los riesgos de una detonación accidental? Afortunadamente es extremadamente difícil desencadenar una explosión nuclear. Las armas almacenadas tienen múltiples mecanismos de seguridad que solamente pueden ser cancelados en condiciones rigurosamente especificadas, que tienen que cumplirse antes de que los detonadores puedan cargarse y el arma quede montada, mucho más disparada. Por poner un caso extremo: incluso cuando en 1966 un B-52 de Estados Unidos explotó sobre Andalucía durante una operación de repostaje en vuelo, perdiendo tres bombas de hidrógeno B28 sobre un pueblo de la zona, de las cuales dos detonaron con el impacto, no hubo muertos sobre el terreno. Las explosiones fueron no nucleares; aunque se diseminó material nuclear por toda la zona, la fuerza aérea de Estados Unidos embarcó hacia Carolina del Sur 1.400 toneladas de tierra contaminada para su almacenamiento. Desde en-

tonces, los controles sanitarios en Palomares todavía no han detectado los síntomas tan frecuentes alrededor de reactores civiles²¹. Los riesgos que suponen las más de 400 plantas nucleares y sus crecientes almacenes de desechos radiactivos son otra cuestión: en los últimos 50 años ha habido incidentes importantes en Tokai-mura en Japón, Davis-Besse en Estados Unidos, Sellafield en Gran Bretaña, Barsebäck en Suecia y las plantas Cruas 3 y 4 en Francia. Eliminar su posibilidad supondría el cierre de los reactores, pero las tendencias actuales se dirigen en la dirección opuesta. Un consenso que se extiende desde Al Gore y Nicholas Stern hasta James Lovelock y George Monbiot aprueba actualmente la construcción de una nueva generación de plantas nucleares, como una solución más aceptable que la energía eólica o solar al calentamiento global.

Si la amenaza de una destrucción masiva provocada por el terrorismo nuclear es insignificante, y altamente improbable por el mal funcionamiento de las propias armas nucleares, ¿qué pasa con el riesgo que crean los propios Estados? ¿Aumenta cualquier forma de proliferación horizontal, en oposición al crecimiento vertical de las armas que permite el Tratado, la posibilidad de una aniquilación nuclear? En un conocido documento, Kenneth Waltz sostuvo una vez que la proliferación tendía a producir un «efecto aleccionador» sobre los dirigentes del Estado, que les llevaba a huir de la escalada bélica²². Cerca de 30 años después, resulta sorprendente la ausencia de cualquier respuesta a Waltz que tenga una contundencia similar; tampoco los hechos han desmentido sus argumentos. Desde luego, el simple hecho de que desde la ruptura del monopolio estadounidense no se hayan utilizado estas armas, no puede extrapolarse por las buenas al futuro. Pero tampoco se pueden negar los hechos históricos: los choques fronterizos entre China y la Unión Soviética se desactivaron rápidamente en 1969; como vecinos nucleares, India y Pakistán se han comportado con cautela, alejándose de una guerra a gran escala.

Se podría decir, que la debilidad de la exposición de Waltz se encuentra en su realista abstracción del diferente carácter social de los Estados en el tablero internacional. ¿Pero cuál ha sido la tendencia de todos ellos? Retrospectivamente, tomando el enfrentamiento más dramático de la era nuclear, la crisis de los misiles en Cuba, aunque ambas partes tenían abrumadoras razones objetivas para acordar una marcha atrás, también existían poderosos motivos subjetivos. Como señalaba otro contribuyente al debate sobre «Exterminism», Estados Unidos representaba «la clase dirigente más rica que el mundo había conocido», producto de un largo periodo de crecimiento económico. Pensar que iba a sacrificar todo «en aras de ideas abstractas» era no entender su verdadera estructura: «ciertamente esta gente es capaz de muchas iniciativas brutales contra la revolución colonial. Pero no está dis-

²¹ International Herald Tribune, 11 de septiembre de 2008.

²² Kenneth Waltz, "The Spread of Nuclear Weapons. More May Be Better?", Adelphi Paper 171, 11SS, Londres, 1981.

puesta a la barbarie autodestructiva de Hitler o Tojo en 1944-1945, Consideraciones similares se pueden aplicar a las familias dirigentes de Israel en la actualidad, o a los mulás millonarios de Teherán. Desafiando las predicciones sobre escenarios donde se iban a utilizar las armas nucleares, el nacionalismo hindú y los generales islamistas han coincidido en la represión del movimiento de protesta en Cachemira, en vez de lanzarse misiles los unos a los otros. Los regímenes con elevados contenidos ideológicos que poseen armas nucleares, cuando se enfrentan a una humillante derrota frente a un enemigo convencional, Israel en 2006 a manos de Hezbollah, o a una extinción real, el gobierno del apartheid en Sudáfrica en 1991, se han retirado con prudencia, y en el caso de Pretoria, han desmantelado mansamente sus armas para mantener sus minas de diamantes y sus viñedos. Los vacilantes gestos conciliadores de Pyongvang sugieren una posición igualmente cautelosa. En general, las razones de autoconservación que llevan a una potencia menor a buscar la capacidad nuclear también determinan que su propósito estratégico será la disuasión.

Si nos ocupamos del cálculo matemático de las probabilidades de disuasión que elaboraron Jacob Viner y Bernard Brodie, el mayor riesgo de una devastación nuclear masiva en la era posterior a la Guerra Fría procede de la única superpotencia que por sí sola puede desencadenar ataques a gran escala en cualquier rincón del planeta, sin que ello le asegure su propia destrucción. Semeiante lógica necesita una matización. Los movimientos a favor del desarme han tenido su papel en la consideración general de la guerra atómica como algo intolerable; los cálculos estratégicos («¿qué haces con esa victoria?») la han descartado sistemáticamente. La erosión de la posición principal que habían tenido las armas nucleares dentro del arsenal de Estados Unidos se ha debido tanto a la disminución de la confianza de que se usen o puedan ser usadas, como a la mayor capacidad mortífera del armamento convencional. Sin embargo, con cualquier medida objetiva, es este arsenal, instalado en seis continentes y siete mares, el que constituye la mayor amenaza nuclear. La adquisición de una mínima capacidad disuasoria por parte de Irán o Corea del Norte sería una insignificancia, menos de la mitad de la millonésima parte de ese arsenal calculado en 3.405 megatones que Estados Unidos tiene disponibles. Lo que por encima de todo hay que afrontar es esta mortal acumulación, sancionada por el TNPN, junto al hinchado aparato militar que la rodea; un aparato por el cual el pueblo estadounidense, el 5 por 100 de la población del mundo, está obligado a contribuir con cerca del 50 por 100 del presupuesto militar mundial. Los gestos gratuitos del artículo VI del TNPN para «asumir la realización de negociaciones de buena fe sobre medidas efectivas relativas al desarme nuclear» están pensados para resguardar estas armas, no para librarse de ellas²⁴.

²³ E. Mandel, «The Threat of War and the Struggle for Socialism», cit.

²⁴ Lo mismo sucede con las propuestas de un reciente llamamiento para el desarme nuclear por parte de Henry Kissinger, George Schultz, William Perry y Sam Nunn, cuya medidas

El papel del Tratado es asegurar los privilegios nucleares de los poseedores en contra de los no poseedores y evitar la constitución de estos últimos en sujetos de disuasión. Para el futuro, los políticos de Washington pretenden endurecer este régimen, instituyendo nuevos castigos para cualquier Estado signatario que intente, como lo intentó Corea del Norte, abandonar el Tratado; e imponiendo un monopolio internacional sobre el enriquecimiento de uranio que quedaría excluido de los programas civiles autorizados²⁵. Como tal, el orden nuclear dominante proporciona una de las más vívidas ilustraciones de la realidad de la «ley internacional»: haced lo que nosotros decimos, no lo que hacemos. El aumento de la disuasión y la no proliferación son dos caras de la misma moneda: la expansión global del poder militar de Estados Unidos y la rendición del derecho a la autodefensa por cualquier Estado que pretenda invocarlo. El Tratado no es una salvaguardia de la paz mundial sino un instrumento de la autoridad de Estados Unidos.

Sí, podría decirse que todo esto es cierto, pero ¿acaso Estados Unidos y sus aliados no actuarían de la misma manera, persiguiendo los mismos fines y con los mismos medios si no existiera el Tratado? La hegemonía de Estados Unidos era una realidad mucho antes de que el TNPN adquiriera su posición actual. Una vez que una gran potencia ha decidido un bloqueo económico o una intervención militar, cualquier pretexto vale. ¿Qué diferencia supone el TNPN para el mundo?

La respuesta nos lleva de vuelta a los debates de 1980 y 1960. Históricamente el ascenso del Tratado ha significado la desaparición de los movimientos a favor del desarme. El efecto más profundo del TNPN ha sido eliminar las protestas contra las propias armas nucleares. Una vez que el único peligro procede de su adquisición por Estados pobres, se puede olvidar su descomunal acumulación por parte de los Estados ricos. Si en el mundo actual ya no hay un movimiento popular significativo a favor del desarme nuclear, y apenas algún desacuerdo con el principio de señalar la capacidad de Irán, no resulta difícil ver cual es la lección que se obtiene. El nombre del Tratado es poco apropiado. Sería mejor llamarlo el Tratado de No Protesta Nuclear. El tratado es una marioneta para cerrar la boca a la opinión pública, para que ésta no se exprese. Su función no es despertar sino adormecer, mientras en su nombre se desencadena la violencia. Si alguna vez nos movemos hacia un desarme nuclear real, el TNPN tendrá que ser descartado.

–una campaña de firmas para lo que se podría considerar como el protocolo del Hiroshima-Nagasaki del TNPN (*de facto*, apelando a los Estados nucleares para que se limiten a actualizar y mantener los arsenales existentes, conforme a las prácticas actuales de Estados Unidos); «fomentar la confianza» del Congreso en el Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares, y aumentar el tiempo de aviso antes del despliegue de las armas nucleares— no hacen otra cosa que santificar el *statu quo*. El único tema político del que se habla es, como era de esperar, Irán y Corea del Norte, «A World Free of Nuclear Weapons», *The Wall Street Journal*, 4 de enero de 2007.

²⁵ George Perkovich *et al.*, *Universal Compliance. A Strategy for Nuclear Security*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, 2007.